

2005

Libro de navios y borrascas de Daniel Moyano: El exilio y su interpretación "titiriteada" de la historia argentina

Carlos Hernán Sosa

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Sosa, Carlos Hernán (Primavera-Otoño 2005) "*Libro de navios y borrascas* de Daniel Moyano: El exilio y su interpretación "titiriteada" de la historia argentina," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 61, Article 12.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss61/12>

This Notas is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in *Inti: Revista de literatura hispánica* by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

**LIBRO DE NAVÍOS Y BORRASCAS DE DANIEL MOYANO:
EL EXILIO Y SU INTERPRETACIÓN “TITIRITEADA”
DE LA HISTORIA ARGENTINA**

Carlos Hernán Sosa
Universidad Nacional de Salta

“Rauch: (...) Primero mataremos a Dorrego, de eso no cabe ya ninguna duda; casi inmediatamente, a sus parientes más próximos; después a sus tíos, si los tiene; enseguida, a sus amigos; y casi al mismo tiempo, a los que dicen no conocerlo. Después, ya veremos: el viaje es largo y habrá tiempo para todo y para todos, ¿me entienden?”

Daniel Moyano, *Libro de navíos y borrascas*

I

Una de las obsesiones omnipresentes en la literatura argentina, desde cualquiera de sus discutibles y refundables orígenes, es la presencia de nuestra historia, a través de la recuperación de episodios y personajes específicos o desde la recurrencia de temáticas ceñidas a algunas experiencias traumáticas de nuestros avatares sociohistóricos.

A lo largo del siglo XX, se consolidaron las formas y aumentaron las perspectivas que algunos antecedentes, como es el caso de la narrativa histórica romántica, ya habían delineado en su preocupación por elaborar lecturas de la historia reciente desde mediados del siglo XIX. Por otra parte, el siglo XX aportó además un número generoso de textos, provenientes del terreno de la

historiografía argentina, que postulaban una versión renovada de los procesos históricos. Una matriz generadora de estas nuevas lecturas fue precisamente el revisionismo historiográfico,¹ que desde algunas obras pioneras, ya desde fines del siglo XIX, y con las sucesivas generaciones y múltiples perspectivas posteriores (la nacionalista, la católica, la populista, la izquierda setentista, etc.) habría de apostar por nuevas interpretaciones sobre el pasado nacional, enmarcadas en una deliberada oposición a la tradición historiográfica liberal.

Estas nuevas formas de concebir los procesos sociohistóricos, de redefinir problemas, acercar metodologías más idóneas, profesionalizar el oficio del historiador y en definitiva “tramar” discursivamente – en la acepción asignada por Hyden White –² otras versiones de la historia argentina, constituyeron un reservorio apto y de consulta sostenida para las coetáneas manipulaciones que, en el terreno de la utilización ficcional del elemento histórico, estaba ensayando simultáneamente la literatura argentina.

Por todo ello, desde ciertas intersecciones y bajo este común acuerdo de formular nuevas representaciones del pasado, la literatura problematizó, convalidó y estableció disidencias con algunos de los tópicos que habrían de organizar esa genealogía de marchas y de contramarchas durante los sucesivos análisis de las líneas del revisionismo.

Precisamente, dentro de estos nuevos modos de “tramar” la historia argentina, uno de los lugares de redefinición constante ha sido la figura del caudillo y los inconvenientes centrífugos que su accionar desordena: la participación popular, las fricciones con la legislación y las prácticas políticas e institucionales, la legitimidad del poder, etc. Tomando en consideración estas particularidades, nos interesaría detenernos, específicamente en esta oportunidad, en el tratamiento que sufrió la figura de uno de ellos: el coronel Manuel Dorrego.

II

La figura de Dorrego dio pábulo para la revisión de una rica gama de aspectos centrales que convergían provechosamente en su persona: una de las versiones posibles del federalismo (la de manual doctrinario norteamericano, dirán los más críticos; la más integradora y moderada dirán los reivindicadores), la participación del militar en el poder político (de allí su estimación prototípica, para atisbar en su contorno las figuras de otros militares argentinos arribados al poder con posterioridad), la “defensa” de un proyecto político por el cual se entrega (o se martiriza) la propia vida, etc.³

Desde comienzos del siglo XX, en el terreno literario y desde las miradas que cada género posibilitaba – sobre todo el teatro y la novela –, la representación de Dorrego y la serie de detonantes y consecuencias de su fusilamiento, en el pueblo bonaerense de Navarro a finales del año 1828,

entretejió prolíficamente una serie de lecturas e imágenes. El *Dorrego* (1909) de David Peña, *El gaucho de Los Cerrillos* (1930) de Manuel Gálvez, el *Dorrego* (1974) de David Viñas, *Libro de navíos y borrascas* (1983) de Daniel Moyano, *Una chaqueta para morir* (1988) de Pedro Orgambide, constituyen parte del corpus literario que focalizó en el personaje y arriesgó interpretaciones históricas, munido muchas veces con las nuevas gafas del revisionismo y con las urgencias insistentes de cada presente, que fomentaron oblicuas consideraciones refractarias del propio contexto de emergencia de los textos.

III

Libro de navíos y borrascas (1983), obra sobre la cual puntualizaremos nuestro análisis, es una de las últimas novelas que Daniel Moyano escribió y publicó en España, donde residía exiliado a raíz de la persecución y la cárcel que había soportado desde el mismo 24 de marzo de 1976, cuando fue encarcelado por el régimen militar en la ciudad de La Rioja.⁴

La novela de Moyano es esencialmente la narración de un viaje, el que emprenden forzosamente un grupo de personajes – una versión microscópica de la sociedad argentina – al marchar al exilio desde Buenos Aires a Barcelona – en otra versión del tópico literario del viaje en barco –; o como ha querido verlo la crítica, propondría una nueva versión del exilio que dialoga de manera invertida con el de los abuelos europeos, pues es la promisoría América quien ahora expulsa violentamente a los descendientes de aquellos inmigrantes.⁵

Una escritura intensamente trabajada y densificada por las innumerables resonancias intertextuales y las referencias al contexto de la dictadura militar caracteriza esta novela. Dicha textura narrativa funciona como el marco adecuado para incluir una obra para títeres – en el capítulo “Titiriteando” – en la que se representa la muerte de Dorrego, como una suerte de parábola para el necesario entretenimiento – adoctrinamiento de los ocasionales viajeros. Es decir que, la temática del exilio funciona como el telón de fondo de una *petite pièce* que retoma un episodio decimonónico de la historia argentina y lo reconstruye, discursiva e ideológicamente, desde el horizonte que la nueva dictadura imponía.

IV

La obra está formada por diez escenas, y se construye en dos niveles de representación: el de los muñecos y el de los personajes de la novela; los comentarios de estos últimos son incorporados a los diálogos de la obra a medida que avanza la pieza, picpiciando los bordes difusos entre el mundo

de los títeres y el mundo de los personajes novelescos. En términos organizativos, la trama de la obra parece articularse como un auténtico tríptico, según progresa el rol interino de las figuras que van cediendo consecutivamente el rol del protagonista: Rivadavia, Dorrego y Lavalle, al tiempo que el muñeco relator hilvana la significación de las escenas mientras hace avanzar la acción.

En las indicaciones de vestuario, el muñeco que representa a Rivadavia cobra una imagen elocuente: “Traje europeo cruzado por la banda presidencial. Gordo y petiso, mofletudo. Voz de vendedor profesional”.⁶ Su imagen entona con la actitud de un verdadero “vendepatria”, auténtico rol que Rivadavia desempeña a la perfección en las primeras escenas, pues como aclara el relator “los negocios le gustaban de alma”.⁷ La escena en la que negocian Rivadavia y los ingleses, traductor de jeringozo mediante, resulta significativa, por el efectivo toque humorístico y por la maliciosa lectura política del período rivadaviano que se promueve:

Lenguaraz: Popor apa quiipi.

Inglés I: Mupuy apa mapa blepe.

Rivadavia: Decile que se ahorren presentaciones y que digan qué es lo que dan.

Lenguaraz: Quepe dapan.

Inglés II: Dígame que mantenemos el ofrecimiento de poner tecnología y capital para explotar las minas de oro y plata de La Rioja, (...) no podemos ir más allá de un once por cierto de las utilidades. (...) queremos hacer las cosas legalmente y por eso necesitamos un permiso oficial.

Lenguaraz: El permiso oficial y un once por ciento.

Rivadavia: Decile que a ese dijeron por carta. El veinte por ciento o nada, y un anticipo de cincuenta mil libras por lo menos.

Inglés II: ¿Qué ha dicho?

Lenguaraz: Que la riqueza nacional es parte de su soberanía y que esta no se negocia.

Inglés I: Rubbish.

Rivadavia: ¿Qué ha dicho el rubito?

Lenguaraz: Algo así como “boludeces”, con permiso del señor presidente.

Rivadavia: Decile que entonces mierda.⁸

El pésimo negociante de Rivadavia, ridículamente obsesionado por su sillón presidencial rengo – un desgastado icono del poder político en la Argentina, en vigencia hasta la actualidad – abandona la escena dejando el clima propicio para el ingreso de Dorrego, tal como nos guía – y va “tramando” – el muñeco relator:

Dorrego, que representa
las chusmas desheredadas,
poniendo el grito en el cielo

ya lo acusa a Rivadavia. (...)
 Preparando sus maletas
 lo vemos a Rivadavia,
 que hace mutis por Europa
 dejando el país en banda (...)⁹

La posición heroica de Dorrego dura poco en escena, rápidamente se lo ubica en la situación cuasi predestinada del traicionado; esgrimirá con absurdidad trágica frente a los traidores sus derechos, acusándolos de una “absurda sublevación contra el poder legal”:¹⁰ intentará defenderse, pero su espada de cartón se le dobla – desde el punto de vista de la utilería, literalmente se desinfla – ante la pose insoportable de Lavalle, quien queda al fin como único dueño de los hechos, y de las escenas posteriores.

La apariencia del títere que representa a Juan Lavalle, de “chaquetilla verde”, “espada en una mano, revólver en la otra”, tiene dos caras, es mitad hombre-mitad bestia, y hasta insinúa una pizca hitleriana en su fisonomía: “Por la izquierda es de ojos y labios finos y fríos, bigotito negro, cabello muy recortado. Por la derecha, medio belfo, la mitad de un testuz, una oreja alzada y puntiaguda”.¹¹ De este modo, y según cómo de desplace por el pequeño teatro, el muñeco representa a Lavalle o a Lavalle a caballo en la pelea. Esta figura se desempeñará siempre ocupando el rol del militar autoritario – como la de Rauch –, y su estampa siniestra avanzará abrumadoramente desde la conspiración hacia el apogeo en el poder, cuando dará la fría orden de fusilamiento: “Mátenlo en el corral, así no se mancha la celda (...) Ah y avisen a los familiares que pueden venir a retirar el fiambre cuando quieran”.¹²

Luego de esta breve reseña de las acciones que acabamos de presentar, perduran en el lector-espectador algunos interrogantes por desbrozar: ¿por qué una obra para títeres y no una representación teatral canónica?, ¿cuáles son las posibilidades únicas que aportarían los títeres como vehículos para releer la historia argentina? En primer lugar, parece evidente que los títeres permiten operar en el imaginario social de manera particular, en este caso resultan notorias las utilidades que proporcionan al facilitar una lectura decididamente farsesca de los hechos, como una “imagen totalizadora” de la historia argentina que se ve apuntalada por los cuidados elementos de la puesta, indicados en las acotaciones escénicas: el decorado, las características de cada muñeco, la música, las canciones, etc.; y también por algunas cuestiones formales, de orden genérico, como es el caso de la fuerte presencia del grotesco y la parodia, además de muchas menciones que señalan deudas reconocibles con los esperpentos, el vodevil, la ópera, el cine, la televisión, etc.

De este modo, el espectáculo de títeres permite una simbiosis entre el propósito de desdramatizar los hechos mediante los elementos humorísticos (el jeringozo, la espada que involuntariamente se desinfla, las voces

impostadas de los personajes, etc.) y al mismo tiempo no perder la tónica de espectáculo pedagógico que parecerían aportar también los muñecos, cierto carácter didáctico que se articula sobre todo mediante la presencia del narrador “consejero”.

V

Si la farsa con ribete didácticos es entonces la forma elegida para releer la historia argentina, no resulta sorprendente la identificación de las fuentes selectas utilizadas para recomponer el elemento histórico. Reiterando una modalidad que ya habían empleado David Peña y David Viñas en sus obras sobre el mismo argumento, Moyano emplea fragmentos de las cartas que los conspiradores Salvador María del Carril y Juan Cruz Varela intercambiaron con Juan Lavalle. Se incorpora también, en el final de la obra y casi en actitud de indicación bibliográfica, un extenso pasaje de la *Historia Argentina* de José Luis Busaniche,¹³ reconocido historiador de filiación revisionista nacionalista.

De esta forma, y en sintonía con la manipulación documental, este pasaje de Busaniche, leído mientras los muñecos abandonan el escenario, funciona como auténtica moraleja final, tanto para la interpretación específica de la obra como para la comprensión general de nuestra historia. Se instaura así una compleja puesta en abismo – cuyos comienzo y finalización se vuelven imprecisos – de la que participan muñecos y personajes, y de la que no podrían verse ajenos los propios lectores argentinos de la obra, en tanto copartícipes de las reiteradas situaciones sociopolíticas por las cuales atravesó y continuaría atravesando el país.

La clara conciencia de revisar el pasado no desde “la historia oficial”,¹⁴ como había aclarado previamente uno de los personajes de la novela, permite repasar sucintamente algunos conflictos medulares de la cultura argentina: el caudillismo político, el militar en el poder, la dicotomía civilización-barbarie, la violencia política, etc. Más aún, el carácter prototípico de la pieza establece sus filiaciones con el contexto de emergencia, es decir con el exilio como lugar de enunciación, y extiende así sus significaciones hacia la última dictadura militar en Argentina.

Entonces, y gracias a esta lectura multifronte, reconocemos que las indicaciones marciales del muñeco que representa a Rauch como las operaciones típicas de la persecución militar: las “clasificaciones” de los opositores y los asesinatos en cadena, que registra nuestro epígrafe, – y a los que también alude Busaniche, –, son las mismas que padecieron – y quieren evitar – los personajes que emprenden el camino del exilio a bordo del *Cristóforo Colombo*. Se resignifican, a su vez, también otros episodios desarrollados anteriormente en el transcurso de la novela, por ejemplo, la inquietante pregunta sobre la desaparición de Haroldo – en inconfundible

alusión a la desaparición de Haroldo Conti. El espectáculo, humorístico y pedagógico, funciona claramente como el único modo posible para exorcizar el presente apelando al pasado, para intentar articular verbalmente en lo que se puede decir aquello para lo cual no hay palabras, pues como explicita uno de los personajes de la novela: “No tenemos una verdad para decir, salvo que supiéramos qué significa desaparecidos”.¹⁵

VI

En esta misma línea de interpretación, aunque desde del ensayo, José Pablo Feinmann continuaba postulando en 1998, en *La sangre derramada*, un carácter modélico para la caída de Dorrego, a la que denomina “un impecable golpe de Estado”;¹⁶ una hipótesis quizás censurable si la evaluamos desde una perspectiva histórica más rigurosa, pues habría que precisar la noción de “estado” que se estaría defendiendo, pero que sin embargo funciona seductoramente al momento de crear constantes de significaciones en el terreno ensayístico de interpretación nacional. Estas consideraciones de Feinmann, que prueban la vitalidad paradigmática de este episodio para la comprensión de la historia argentina, renuevan discusiones que ya toda una genealogía literaria había ensayado a través del caudillo federal, atenta a las inquietudes puntuales de cada contexto: David Peña, en 1909, afianzaba su obra como pionero del revisionismo al filo de la ebullición introspectiva del Centenario; Manuel Gálvez publicaba su folletín en *La Razón*, e inquiría sobre la situación política en los meses previos al, desgraciadamente pionero, golpe de estado del general Uriburu en 1930; David Viñas descreía, aún muy “contornianamente”, del rol político del militar y atacaba al tercer gobierno de Perón, en 1974; Pedro Orgambide releía los más cercanos manejos del poder, hacia 1998, desde el humus feraz que le ofrecía como laboratorio experimental el contexto menemista.

Daniel Moyano cubrió, con su *Libro de navíos y borrascas*, una lectura muy personal de los mismos episodios desde la amarga experiencia de escribir desde el exilio, aunque por ello no optó por el tono quejumbroso o de la furia – deudores de otra genealogía literaria argentina que tendrá sus rasgos definitorios en el *Facundo* – y que resultaban justificables desde todo punto de vista. Prefirió buscar, en los antecedentes más lejanos que la historia le reservaba, una posible explicación que ayudara en el entendimiento de ese presente tan dolorosamente adverso y, en la medida de lo posible, previniera – pues no en vano “una luna de hechicerías y presagios múltiples”¹⁷ clausura “Titiriteando” –, un futuro que pensaba evidentemente amenazado por nuestras neuróticas reiteraciones históricas.

Más de veinte años han transcurrido desde aquel elocuente llamado de atención, y aún hoy, todavía resuenan admirables, temiblemente familiares, las desempolvadas palabras de vaticinio del augur muñeco-narrador:

Abran camino señores
 a la historia bien contada.
 dejemos fluir los hechos
 y olvidemos las palabras
 procurando comprender
 aquellas cosas pasadas,
 que son las mismas de siempre
 de otra manera contadas,
 pues Dorrego siempre muere
 y Lavalle siempre mata,
 y ahora mismo en Buenos Aires
 anda suelto Rivadavia
 cambiando por mercancías
 la libertad y la casa.¹⁸

NOTAS

1 Una presentación de las problemáticas circunscriptas a las líneas historiográficas revisionistas puede consultarse en: Clementi, Hebe, *Rosas en la historia nacional*, Buenos Aires, La Pléyade, 1970; Devoto, Fernando J., “Reflexiones en torno de la izquierda nacional y la historiografía argentina”, en Devoto, Fernando y Pagano, Nora (editores), *La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay*, Buenos Aires, Biblos, 2004, pp. 107-131; y Halperín Donghi, Tulio, “Un cuarto de siglo de historiografía argentina (1960-1985)”, en *Desarrollo económico*, vol. 25, n° 100, enero-marzo de 1986, pp. 487-520.

2 White, Hyden, *El contenido de la forma: narrativa, discurso y representación histórica*, Buenos Aires, Paidós, 1992.

3 Para un contraste entre los diversos modos en que la historiografía argentina – tanto la liberal como la revisionista – tramó la figura y los episodios vinculados al accionar político de Dorrego, puede consultarse, entre otras muchas lecturas posibles: Levene, Ricardo, “La sublevación de 1° de diciembre de 1828 y los gobiernos de Lavalle y Viamonte”, en Academia Nacional de la Historia, *Historia de la Nación Argentina*, Vol. VII primera sección, Buenos Aires, El Ateneo, 1950, pp. 227-271; Rosa, José María, *Historia Argentina*, T. IV “Unitarios y federales”, Buenos Aires, Oriente, 1965; Ortega Peña, Rodolfo y Duhalde, Eduardo Luis, *El asesinato de Dorrego. Poder, Oligarquía y Penetración Extranjera en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Peña Lillo editor, 1973; y Pagani, Rosana; Souto, Nora y Wasserman, Fabio, “El ascenso de Rosas al poder y el surgimiento de la Confederación (1827-1835)” en Goldman, Noemí (directora), *Nueva Historia Argentina. Revolución, república, confederación (1806-1852)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998, pp. 283-321.

4 Para una panorámica de la literatura escrita durante la última dictadura militar argentina consultar: AAVV, *Ficción y política. La narrativa argentina durante el proceso militar*, Buenos Aires, Alianza Editorial / Institute for the Study of Ideologies & Literatura University of Minnesota, 1987; y de Diego, José Luis, *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo? Intelectuales y escritores en Argentina (1970-1986)*, La Plata, Al Margen, 2003.

- 5 Para ampliar el tratamiento de estos aspectos, que puntualizan sobre el problema del exilio, su fuerza temática y las variables discursiva empleadas en la escritura de Moyano, puede consultarse los siguientes trabajos: Flawiá de Fernández, Nilda, “*Libro de navíos y borrasca*. El texto como espacio de recuperación identitaria”, en *Argentina en su literatura*, cuaderno 4, San Miguel de Tucumán, Instituto de Investigaciones en Lingüística y Literatura Hispanoamericana, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán, octubre de 1989, pp. 45-59 (reproducido bajo el título “*Libro de navíos y borrasca*: abuelos, nietos y el controvertido regreso” en Flawiá de Fernández, Nilda, *Miradas, versiones y escrituras. (Ensayos de literatura argentina)*, Barcelona, Puvill Libros S.A., s/f, pp. 117-126); y Flawiá de Fernández, Nilda, “Exilio, literatura e historia”, en *Miradas, versiones y escrituras. (Ensayos de literatura argentina)*, Barcelona, Puvill Libros S.A., s/f, pp. 109-148.
- 6 Moyano, Daniel, *Libro de navíos y borrascas*, Buenos Aires, Legasa, 1983, p. 108.
- 7 Moyano, Daniel, Op. Cit., p. 111.
- 8 *Ibíd.*
- 9 Moyano, Daniel, Op. Cit., p. 114.
- 10 Moyano, Daniel, Op. Cit., p. 118.
- 11 Moyano, Daniel, Op. Cit., p. 108.
- 12 Moyano, Daniel, Op. Cit., p. 125.
- 13 Uno de los titiriteros aclara a modo de presentación: “Serenísimo público, según cuenta el historiador José Luis Busaniche, cuya *Historia Argentina* hemos seguido fielmente en la reconstrucción de estos lamentables hechos” (Moyano, Daniel, Op. Cit., p. 125), y a continuación se recita fielmente un extenso fragmento tomado de dicha obra. Cfr. Busaniche, José Luis, *Historia Argentina*, Buenos Aires, Solar/Hachette, 1965, p. 488.
- 14 Moyano, Daniel, Op. Cit., p. 115.
- 15 Moyano, Daniel, Op. Cit., p. 86.
- 16 Feinmann, José Pablo, *La sangre derramada. Ensayo sobre la violencia política*, Buenos Aires, Seix Barral, 2003, p. 175.
- 17 Moyano, Daniel, Op. Cit., p. 127.
- 18 Moyano, Daniel, Op. Cit., p. 115.

OBRAS CITADAS

AAVV, *Ficción y política. La narrativa argentina durante el proceso militar*, Buenos Aires, Alianza Editorial / Institute for the Study of Ideologies Literatura, University of Minnesota, 1987.

Amar Sánchez, Ana María, “Prólogo” en Moyano, Daniel, “*La espera y otros cuentos*”, Buenos Aires, CEAL, 1982, pp. I-IX.

Busaniche, José Luis, *Historia Argentina*, Buenos Aires, Solar/Hachette, 1965.

Clementi, Hebe, *Rosas en la historia nacional*, Buenos Aires, La Pléyade, 1970.

Devoto, Fernando J., “reflexiones en torno de la izquierda nacional y la historiografía argentina”, en Devoto, Fernando y Pagano, Nora (editores), *La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay*, Buenos Aires, Biblos, 2004, pp. 107-113.

de Diego, José Luis, *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo? Intelectuales y escritores en Argentina (1970-1986)*, La Plata, Al Margen, 2003.

Feinmann, José Pablo, *La sangre derramada. Ensayo sobre la violencia política*, Buenos Aires, Seix Barral, 2003.

Flawiá de Fernández, Nilda, “Libro de navíos y borrasca. El texto como espacio de recuperación identitaria”, en *Argentina en su literatura*, cuaderno 4, San Miguel de Tucumán, Instituto de Investigaciones en Lingüística y Literatura hispanoamericana, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán, octubre de 1989, pp. 45-59.

———. “Exilio, literatura e historia” en *Miradas, versiones y escrituras. (Ensayos de literatura argentina)*, Barcelona, Puvill Libros S.A., s/f, pp. 109-148.

Halperín Donghi, Tulio, “Un cuarto de siglo de historiografía argentina (1960-1985)” en *Desarrollo económico*, vol. 25 n° 100, enero-marzo de 1986, pp. 487-520.

Heredia, Pablo, *El texto literario y los discursos regionales. Propuesta para una regionalización de la narrativa argentina contemporánea. (Apuntes sobre Haroldo Conti, Daniel Moyano, Héctor Tizón, Juan José Hernández y Juan José Saer)*, Córdoba, Ediciones Argos, 1994.

Levene, Ricardo, “La sublevación del 1° de diciembre de 1828 y los gobiernos de Lavalle y Viamonte”, en Academia Nacional de la Historia, *Historia de la Nación Argentina*, Vol. VII primera sección, Buenos Aires, El Ateneo, 1950, pp. 227-271.

Massara de Barrionuevo, Liliana, “Marginalidad y desarraigo en la cuentística de Daniel Moyano”, en *Argentina en su literatura*, cuaderno 4, San Miguel de Tucumán, Instituto de Investigaciones en Lingüística y Literatura Hispanoamericana, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán, octubre de 1989, pp. 95-106.

Moyano, Daniel, *Libro de navíos y borrascas*, Buenos Aires, Legasa, 1983.

Ortega Peña, Rodolfo y Duhalde, Eduardo Luis, *El asesinato de Dorrego. Poder, Oligarquía y Penetración Extranjera en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Peña Lillo editor, 1973.

Pagani, Rosana; Souto, Nora y Wasserman, Fabio, “El ascenso de Rosas al poder y el surgimiento de la Confederación (1827-1835)” en Goldman, Noemí (directora), *Nueva Historia Argentina. Revolución, república, confederación (1806-1852)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998, pp. 283-321.

Rosa, José María, *Historia Argentina*, T. IV “Unitarios y federales”, Buenos Aires, Oriente, 1965.

White, Hyden, *El contenido de la forma: narrativa, discurso y representación histórica*, Buenos Aires, Paidós, 1992.